

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1. y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 45 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo

Administracion y Redaccion, Huertas 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Si los negocios de casa no reclamasen eficazmente atencion, y no poca, deberiamos consagrar algunos instantes á los sucesos del exterior, y de su estudio deduciriamos acaso curiosas consecuencias, cuyo resumen es lo que tantas veces hemos dicho: «El oficio de rey ha venido á ménos, el de emperador es ya de los ménos apetecibles.»

Lo dicho bastaria, si ya no bastasen los infelices reyes cesantes que por esos mundos andan desparamados, para justificar la tan anunciada reunion de soberanos que ha de celebrarse muy pronto, y en la cual, segun noticias que tenemos por fidedignas, ha de tratarse de los medios conducentes al mejoramiento de la raza, porque sin duda por arte del mismísimo diablo, enemigo implacable del género humano, el ganado real ha degenerado tanto en Europa, como en España, por ejemplo, degeneran nuestras envidiadas merinas.

Y el pueblo, siempre desagrado, como torpe y grosero que es por naturaleza, no agradece á estas familias sagradas el interés que por él se toman: sí, vaya Vd. con agradecimientos á las turbas: el republicanismo se desarrolla en Portugal, cuando caba de darse una Constitucion, y acordado apenas el plebiscito, ya se atenta en Francia contra la vida del consecuente y digno y honrado Napoleon III. ¡Oh! y gracias á que la policia ha descubierto el complot, que si no es por eso, ¿quién sabe dónde estaria á la hora presente el insigne Bonaparte? Pues si hemos de dar crédito á La Correspondencia, tales eran las bombas, que la explosion de una sola bastaba para hacer volar un edificio. Tal vez hay en esto un tanto de exageracion, y es natural, porque todo se pega, y el periódico noticiero tiene aficiones muy íntimas por aquella tierra de la sal y de las hipérbolas, y algo ha de habérsele pegado; pero descontando del poder de las bombas lo que sea razon y poniéndonos en lo justo, bien puede suceder que una no pueda destruir un edificio, y que dos ó tres puedan matar á un hombre, aunque ese hombre sea un soberano, porque, para darnos ejemplo de humildad, esos seres de naturaleza privilegiada, esos soberanos de origen divino, esos hijos de Dios, se mueren así, sencillamente, lo mismo que cualquiera simple particular, hijo de su padre y de su madre.

Pero Dios—y en delegacion suya la policia—vela por el emperador, y la vida de Napoleon III no corre peligro por ahora: el plebiscito se realizará, y como probablemente la mayoría aprobará la política del

imperio, el triunfo habrá de celebrarse con un espléndido banquete, que se verificará el dia trece de este mismo mes, si el tiempo no lo impide. ¡Y pensar que tal vez nuestro insigne D. Salustiano, ocupado en los asuntos de España, no pueda asistir á un convite de imperecederos recuerdos! ¡Oh patria! ¡Oh cara patria! ¡Qué de amarguras pasan por tí los grandes hombres!

Porque Olózaga—esto ya lo sabrán Vds.—Olózaga está entre nosotros: llegó el jueves, y está aquí; lo tenemos en Madrid, si bien todavia no hemos empezado á sentir los efectos de su dichoso arribo. No se harán esperar; sabido es que las horas primeras se consagran en casos tales al descanso, al aseo y aliño de la persona, á las visitas de amigos íntimos, y precisamente á esto las consagró D. Salustiano, que no habia él de introducir nuevos usos y prácticas novísimas, siendo, como es, por naturaleza física y por carácter moral, apegado á lo tradicional y á lo antiguo.

Pasados estos primeros momentos de expansion, entrará el ilustre amigo de lord Palmerston, entrará, decimos, el insigne diplomático de lleno en la cosa pública, y la cosa pública se conmoverá; pues no faltaria sino que no se conmoviese.

Acaso mientras nosotros escribimos estas líneas y consagramos á la memoria del embajador estas frases, el grande hombre esté emitiendo su opinion luminosa acerca de los sucesos y dando solucion á todas las dificultades. Y entonces, ¿cuánta será su gloria!

«Yo tengo soluciones,» decia Rivero en tiempos más felices, y no dió soluciones. «Tengo siete reyes,» afirmaba Prim poco despues, y no ha dado reyes; ahora D. Salustiano trae reyes y soluciones; calcúlese si hay razon para levantarle estatuas, y si tendrán motivo para enorgullecerse los desdichados progresistas.

Y, como si lo viéramos, nuestro embajador en Paris no querrá disfrutar de su triunfo: dará consejos prudentísimos, resolverá las cuestiones difíciles, lo arreglará todo, y hecho esto, ¡nuevo Cincinato! se partirá á su destierro á desempeñar con celo su humilde mision de embajador, limitándose á subsistir con su modesto sueldo de cincuenta mil duros. Heroica resignacion.

Y será inútil que sus amigos quieran detenerle: nosotros sabemos que él es poco aficionado á bullangas y á ruidos, y como á la solucion de tantas dificultades como nos rodean seguirán necesariamente algunos dias de fiesta y de regocijos, y se cantará un Te Deum (uno por lo ménos), y habrá salvas y cohetes, bien se concedan al regente las atribuciones constitucionales, bien se nombre un rey provisional, y como todo esto podrá originar carreras ó desórdenes de que nuestro embajador es enemigo, parécenos probable que de la noche á la mañana imite D. Salustiano á cierto príncipe de la ilustre casa de Borbon, y remita á los ministros una carta concebida en estos términos:

«Sabrá el gobierno cómo me ha ido esta noche. La cosa empieza á ponerse muy fea y yo soy algo asustadizo. Paréceme, señores, que está oscuro y

huele á queso; con que salud, y Dios nos dé lo que nos haga falta.—OLÓZAGA.»

Nuestros cimbrios tambien han celebrado su banquete político. Algo se acordaria en él; pero estamos acostumbrados á no hacer caso de lo que en las comidas se acuerda. ¡Son tan especiales las disposiciones de nuestro espíritu en el momento de la digestion!

A Sanchez Perez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

LIV.

¿No es verdad que parece fácil y comprensible el resolver que la incompatibilidad consiste en que no puede ser diputado ningun español que dependa del gobierno?

Pues es de lo más peliagudo que hay en materia parlamentaria.

—¡Mira que el tomar café es de lo más peliagudo! dice Bruno á su compañero Roque en la comedia Bruno el Tejedor.

Un hombre mal educado encontraria mil dificultades para tomar café en un salon.

Y los partidos acostumbrados á comer á dos carrillos no pueden comer decentemente á la mesa del presupuesto á vista de todo el país.

Dígalo si no... iba á decir el Sr. Godinez de Paz; pero el Sr. Godinez de Paz es precisamente quien lo ha dicho.

Se acordó con el gobierno la incompatibilidad; el Congreso mostró que estaba de acuerdo con el pensamiento: la comision lo sostuvo.

En seguida el gobierno varía; la comision varía; los unionistas, abandonando de repente sus costumbres de incompatibilidad, varían; el espíritu de la Cámara es el que no varía.

El progresista es, y perdonen la comparacion, como el salvaje: no ve más medio para comer el fruto que derribar el árbol.

¡Hoy quiere la incompatibilidad, como si hubiera de ser eterno en el poder!...

Ya nos lo dirá algun dia desde los bancos de la izquierda.

El Sr. Damato se incomoda porque la incompatibilidad no alcanza á los que privadamente pueden ser favorecidos en sus tratos con el gobierno, y dice: ó todos, ó ninguno: ó la incompatibilidad absoluta, ó que no pueda ser diputado el que tenga alquilada una casa al Estado, ni el contratista de gas de un ayuntamiento.

Este es el progresista genuino, auténtico: ó lo peor, ó lo imposible.

Yo lo siento por el diputado Damato, que, al fin y al cabo, si no fuera por las malas compañías, habria sido un liberal completo; pero no puedo explicarme cómo, aun siendo progresista, no comprenda que á las empresas que él señala, á las juntas directivas, á los que tienen tratos con el gobierno, al capital y sus representantes nunca les faltarian medios para burlar su enmienda.

En fin, si el Sr. Damato necesitaba, como dice, un desahogo, y se le proporcionó, buen provecho le haga, que no me gusta que á nadie se le pudran las cosas en el cuerpo.

Ello es que el asunto de las incompatibilidades se halla en un período de interinidad larguísimo, y que no abre el gobierno la boca en este asunto sin penetrarse de la convicción de que no representa las ideas de la Cámara.

Y sigue el matrimonio civil sirviendo de ocasión para los más bellos alardes de catolicismo en nuestra Cámara.

Es una delicia, ¡oh Ruolz! ¡oh Cristoffel! ¡oh Galvan! Venid á ver el oro fino de los sentimientos religiosos de España, que sufren el frote de la tierra de Segovia, los malos olores, la lima, el buril, y no se alteran ni pierden el brillo, y hay familia que come hace cien años con ellos y no los cambiaría por nada del mundo.

Aquí todos los presidiarios dan anualmente pruebas inequívocas del más puro catolicismo; aquí hasta los reyes que echamos por perros son dignos de la rosa de oro; aquí la religion anda abundante y fecunda que es gloria verlo, y por eso, por eso precisamente no nos gusta el matrimonio civil.

No repetiré, no mencionaré, no aludiré.

No quiero.

Con el amor, con el acendrado amor á doña Isabel II pelecharon y engordaron largo tiempo nuestros políticos.

Ahora les ha tocado el turno de mostrar todo lo que puede decirse de religion, á propósito del matrimonio civil, y no tendrán muchos de ellos por qué quejarse.

Al país le gusta eso: ser religioso y matar frailes; ser monárquico y echar á los reyes; eso le gusta á España, y ¡vive Criba! que le dan colmadas las medidas.

El matrimonio civil se votó como podría votarse un día de asueto; ni más ni menos.

Los que lo combaten se esmeran por agradar á los aldeanos...

Me gusta á mí oírles hablar de los aldeanos. Primero dicen de ellos que son tan brutos que no pueden votar, y luego resulta que son la quinta esencia del catolicismo.

Yo, si un día me compro una religion, como las personas finas, compraré una que me haga listo como los diputados unionistas, y no bruto como esos aldeanos de que nos hablan.

Roberto Robert.

CANTÁRIDAS.

XXI.

Don Salustiano.

Yo sé á qué vino
Cristo á la tierra;
sé qué camino
lleva Becerra.
Yo sé á qué vienen
en este buque
los que le tienen
amor al duque.
Mas no he sabido
¡pobre gusano!
á qué ha venido
don Salustiano.

Dejó la silla
de su embajada;
llegó á esta villa
de madrugada.
Habló á Rivero,
habló al regente,
á su cocheró
y á su escribiente:
mas no clarea
ningun paisano
lo que desea
don Salustiano.

Pares ó nones,
dicho ó sentencia,
ó atribuciones
de la regencia:
corte ó cortijo,
mono ó monarca,
yo no colijo
lo que él abarca;

pues no se infiere,
tarde ó temprano,
qué es lo que quiere
don Salustiano.

Siempre que llega
trae mil carteles,
un rey de pega
y unos pasteles.
Unos le toman
por corpulento,
otros le embroman
por su talento.
Y nadie sabe
por qué pantano
lleva la nave
don Salustiano.

Él está gordo,
tiene elocuencia,
es algo sordo
de conveniencia.
Tiene dos rizos
bajo el sombrero,
cuyos hechizos
yo le pondero;
porque en las rosas
de pelo cano
tiene otras cosas
don Salustiano.

Aun para nombres
que arrastran sables,
es de esos hombres
indispensables:
le circunvalan
en sus apuros
y le señalan
miles de duros,
y... ¡oh galicismo!
los lleva ufano
hacia el abismo
don Salustiano.

Suele ir á Vico
lleno de miedo,
con cada mico
que canta el credo.
Se hace el tribuno
con mil afanes,
pero ninguno
sigue sus planes.
¡Ay! porque España
sabe, y no en vano,
lo que la daña
don Salustiano.

Tiene constancia
de cubilete,
y vuelve á Francia
por un banquete.
Que entretenido
nunca dimita,
á Dios le pido
con voz contrita.
¡Tú, con la tuya,
ruega al Eterno,
pueblo pagano,
que nunca influya
sobre el gobierno
don Salustiano!

Dr. Sangredo.

EL SACO DE NOCHE.

Este era un saco silencioso, porque no llevaba rótulo que dijera cosa alguna; con trazas de mayoría monárquica-democrática, porque era de varios colores; podía muy bien llamarse Diego, porque era de noche, y parecía un caballo de ocho años por lo muy herrado.

Sucedió, pues, que en aquel tiempo en que los liberales no gastaban la pólvora en salvas, sino en bombardear edificios, porque no tenían otros enemigos que combatir, acudieron tres ciudadanos, digo mal, tres federales, á un buque surto en el puerto de Barcelona, no se sabe si con intencion de volver á sublevar la escuadra, en vista de que el haberse sublevado la primera vez, de ninguna utilidad había sido todavía para el duque de Montpensier.

El buque era de paz, es decir, no era de guerra, aunque fué de ratonera, como verá, si quiere, el curioso.

El primer ciudadano, ó seáse federal, que traspuso la escotilla para bajar al sollado, llegaba ya á mitad de la escalera, cuando el saco de noche, protagonista de nuestra historia, apareció suspendido en el aire y pendiente, colgado de una mano, por la boca de la escotilla.

Aquella mano, como todas las manos vulgares, estaba unida á un brazo, el cual iba unido á un hombro, y es de suponer que aquel hombro contribuiría á medias á sostener un cuello que sirviese de base á una cabeza, toda vez que una voz, que parecía ser del mismo dueño de la mano, dijo:

—¿Me hace Vd. el favor?

El favor consistía simplemente en coger el saco, suponiéndole de un viajero que llevaría paraguas, sombrero, capa, manta y otros engorros propios de todo viajero inexperto.

El federal cogió, pues, el saco de noche y bajó.

El entrepuerto estaba exornado con varios agentes de policía, que acto continuo se lanzan á servir á la patria preguntando al recién llegado su nombre y apellido, y le dan la noticia de que ya estaban enterados de que se había propuesto visitar aquel buque, proporcionándole así una grata sorpresa, pues ni él había hecho semejante propósito, ni había hecho más que seguir el rumbo de amigos suyos á quienes había encontrado en el paseo.

Pero, en fin, las tradiciones constantes de la policía fueron siempre ignorar los hechos y saber lo que jamás sucede.

Vamos al saco.

—¿Qué hay en ese saco? ¿De quién es?

—No lo sé, no es mio; me han pedido por favor que lo bajara.

Este fué el comienzo del dramático diálogo á que dió lugar el saco de noche, que medio recostado sobre una mesa, silencioso y como si tratase de hacer una digestion tranquila, permanecía impasible.

Bajó otro federal, se le hicieron las mismas preguntas, y respondió que no tenía el honor de conocer al saco.

Bajó el tercero y sucedió lo mismo.

El principal agente de policía meditó.

Ni en las historias de la India, ni en el antiguo Egipto, ni en Grecia, ni en Roma se encuentra un solo ejemplo de que tres federales hayan ido á visitar un buque, sin enterarse antes de quién pudiera ser el dueño del saco de noche que tal vez les pusieran en la mano.

Aquel hecho sin precedentes históricos llamó profundamente la atención del hombre de policía, triste ser condenado al eterno deseo de prestar servicios y á no ver logradas jamás sus esperanzas en la tierra.

Los federales no hacían revelacion alguna.

El agente quiso ver si los remordimientos ó el miedo arrancaban alguna palabra al saco, y mirándole de reojo mientras se dirigía á los federales, dijo:

—¡Es inútil el negar! Harto sabemos lo que contiene ese saco.

El saco no se conmovió, no palideció, no abrió la boca: la tenía cerrada con llave.

Todas las miradas se habían fijado en él.

De pronto el saco se mueve: parece animarse: se acercan todos á él...

Un vaiven del barco le había hecho oscilar, y con otro vaiven recobró su primera posicion.

El agente le puso la mano encima y creyó notar en él una respiracion acompasada y tranquila, que lo mismo podía ser prueba de completa inocencia, que de completo endurecimiento en el crimen.

El agente volvió á meditar.

El federal que había bajado con el saco se llamaba Lopez, como el que en la primera época progresista había contribuido á la ruina de la patria y la partida de la porra.

Había sido concejal elegido por el sufragio, y por fuerza debía estar animado de sentimientos opuestos á los de los concejales hechos por el gobierno.

Era editor de obras contrarias al dogma de la Sociedad coalicionada en Madrid para el grande objeto que aun no se ha averiguado en qué consiste...

La solucion de la patria exigía que los tres federales fueran presos.

Así se hizo, y aunque el saco no daba muestras de haber entendido la orden, en nombre de la ley, y á pesar de su resistencia pasiva, fué conducido á presencia de las autoridades.

Los conspiradores con saco fueron encerrados en un calabozo de Atarazanas, donde se les proporcionaron las consabidas sabandijas y los tipos usuales de calabozo, para que pudieran dedicarse á estudios de historia natural y de fisiología humana.

El saco callaba como el rúcio de Sancho Panza y como el sentimiento monárquico.

De un calabozo pasan los federales á otro: el saco es trasladado tambien.

Los federales van al ponton: el saco pasa á donde le llevan, sin hablar, sin fumar, sin quejarse, como avezado ya á ir de cárcel en cárcel.

Las declaraciones de los federales no comprometen para nada al saco; el saco les corresponde con igual conducta.

El saco era pequeño, parecía estar en esa primera edad en que á los labios asoma siempre lo que en el seno se encierra, y sin embargo, desmoralizado prematuramente por la predicacion de ciertas ideas, se había encerrado en la reserva solo propia de la edad de la experiencia.

Terminan los acontecimientos; es decir: se fatiga la autoridad de bombardear; se llega ya á aquel caso, frecuente en España, de no saber á quién más se puede poner preso; se publica aquel papel en que el más fuerte dice siempre que el orden ha triunfado; se levanta el estado de sitio para dar un paseo y volver á echarse sobre el lecho de la patria, y se pone en libertad á los tres federales.

En el fondo del corazon del hombre más malvado hay siempre una centella de agradecimiento.

Así no es de extraño que los tres federales, al volver á respirar el aire de los libres, sin poder



—¿Qué hay, amigo mío; cuándo coronamos el edificio?
 —Cuando Vds. quieran.
 —¿Trae Vd. alguna solución?
 —Sí, la de volverme á Paris, para asistir al banquete de Mr. Ollivier.

contenerse se preguntaran unos á otros con lágrimas en los ojos:

—¿Y el saco?

El saco tenía una debilidad ¡una sola! pero desgraciadamente la tenía.

Ni por oro, ni por empleos, ni por condecoraciones había revelado lo que en el fondo del pecho llevaba escondido; pero así como hay hombres que todo lo descubren por el vino, aquel saco tenía una flaqueza semejante; era sensual.

Habría sido capaz de envejecer y morir colgado de una percha sin hacer el menor movimiento; pero en acariciándole con ciertas llavecitas una parte muy sensible de su sér, lo descubría todo.

La policía averiguó esa debilidad del saco; se previó de ella; el saco lanzó una especie de gemido, y en presencia de los más altos representantes del brazo militar...

¡Nada les ocultó, nada!

¡Calzetines, camisas, gorros de dormir; el peine, los gemelos... todo lo hizo patente á los ojos de la historia!

Solo tuvo un rasgo de discreción: durante su cautiverio había borrado las marcas de la ropa.

El sordo rumor nocturno que de cuando en cuando había agitado más de una vez á sus dobles centinelas, sin duda era producido por aquel constante trabajo del saco.

Pasaron días.

El Boletín oficial de la provincia teatro de aquellos misteriosos sucesos, anunció que quien se creyese dueño del saco podría pasar á recogerlo.

Al propio tiempo, bajo los remotos climas, gloria del genovés Colon, hay un pueblo, cuyo Boletín oficial anunciaba que, quien no se creyese dueño de un saco de noche perdido, lo devolviese á su amo.

El saco yace esperando volver á sus lares. Es fama que en el silencio de la noche se le oye suspirar: ¡Lopez!... ¡Millé!... ¡Brugada!...

¡Estos son los horribles efectos de la ferocidad republicana!

Roberto Robert.

EL CONSEJO MAGNO.

Ya están reunidos todos los ricos-homes de Castilla.

Allí Prim y demás progresistas, que es la fórmula empleada por Espartero cuando contesta á las cartas de sus apasionados: Sr. D. Fulano y demás liberales de esa.

Allí, pues, están Prim y demás progresistas de esta capital.

Allí Sagasta y demás progresistas del otro barrio.

Allí Rivero más encarnado que un pavo.

Allí Ruiz Zorrilla conteniéndose por no meter ruido.

Allí, finalmente, el olímpico D. Salustiano.

—¿Estamos todos? pregunta Prim.

—Contémonos para zabé zi falta alguno, contesta Rivero.

SAGASTA.—¿Qué cosas tiene este D. Nicolás! Ahora quiere que nos contemos.

PRIM.—Empecemos. Señores, España está muy mal... Esto es un alboroto.

RIVERO.—Ezo á los tribunales.

que la situación está que arde. Con objeto de buscar remedio á tanto desbarajuste, hemos llamado á D. Salustiano, porque si entre todos no remediamos el mal, dígame á Vd. que no valemos dos cominos.

D. SALUSTIANO.—Muy bien dicho.

RIVERO.—Puz á ello.

PRIM.—¿Tienen Vds. alguna solución?

Todos.—¿Y Vd.?

PRIM.—Yo estoy escamado desde aquello del duque de Génova y no quiero ser vencido en la cuestión de rey.

OLÓZAGA.—¿Qué les parece á Vds. eso de la regencia con los atributos que le faltan?

PRIM.—A mí no me parece mal.

RUIZ ZORRILLA.—Yo estoy por el directorio compuesto de Serrano, Prim y Topete.

RIVERO.—Doz unionistas y un progresista... ¡Valiente negocio!

SAGASTA.—Eso no resuelve nada; aquí lo que hace falta es rey. Yo no oigo más que este clamor por todas partes: ¡Rey, venga rey! Y este es ya un grito alarmante.

RIVERO.—¿Habla Vd. de alarma? ¡A los tribunales con eso!

OLÓZAGA.—Vamos á cuentas. Indudablemente lo más corto y mejor sería un rey. ¿Pero hay rey?

PRIM.—Eso digo yo. ¿Vds. saben de algun rey que sirva para el caso?

SAGASTA (timidamente y rascándose la cara).—Hombre, yo no sé si será bueno; pero ahí hay uno...

OLÓZAGA.—¿Dónde? Con que vengo yo de Paris, donde hay de todo, y no he podido hallar uno, ¿y Vd. dice que lo hay aquí?

RIVERO.—¡Jesús! Pues no dice que hay aquí un rey... A ver, á los tribunales con él.

SAGASTA.—Pero, D. Nicolás, Vd. ha tomado ahora

la mulletilla de llevar á todo el mundo á los tribunales.

RIVERO.—La ley... el respeto á la autoridad... por que aquí hay una gran perturbacion... y zi no ze zalvan los principios de la revolucion de Zetiembre... en fin, y para acabar, diré que zerá una gran vergüenza.

PRIM.—Entendámonos de una vez. ¿Hay rey?

SAGASTA.—Segun lo que Vd. entienda por rey, amigo mio. Si Vd. cree que un príncipe mayor de edad, económico, buen administrador de sus bienes y que sabe manejar la pistola, sirve para rey...

OLÓZAGA.—Alto. Sé que hay quien ambiciona el trono; pero debo advertir que la política europea se opone á ciertas soluciones... Mi amigo el emperador me ha significado... Y luego, señores, ¿estamos en el caso de sostener una guerra extranjera? Antes hay que meditarlo bien.

RUIZ ZORRILLA.—Meditemos.

MORET.—Yo no me tomo el trabajo de meditar. Ni hay rey, ni lo habrá en mucho tiempo.

ECHEGARAY.—No hay rey ni Dios que valga.

PRIM.—La mayoría está revuelta.

RIVERO.—¡A los tribunales con ella!

FIGUEROLA.—¡Demonio, si la mayoría es soberana, sagrada é inviolable!

RIVERO.—¡No importa, el prestigio de la autoridad!

PRIM.—Y digo yo: ¿Se puede gobernar con esta mayoría? No señor, no se puede (me contesto yo mismo). Entonces, ¿quid faciendum? Aquí quiero yo ver á los gobiernos. Porque hay que marchar con las Cortes ó sin ellas. Hay *nesesidad* de obrar. En vista de lo cual, yo me retiro á mi casa y que venga otro á arreglar á los progresistas, que el hijo de mi madre está ya harto de sufrir votaciones en contra.

SAGASTA.—¡Marcharse Vd., general! ¡Eso sería un crimen!

RIVERO.—¡Justo, á los tribunales con él!

OLÓZAGA.—Señores, en vista de lo avanzado de la hora, ¿no les parece á Vds. que suspendamos esta reunion hasta mañana?

RIVERO.—Me parece oportuno. Ya estoy desmayado.

OLÓZAGA.—Pues bien, mañana acabaremos de resolver los asuntos pendientes, y les diré á Vds. la verdad de lo que piensa Europa de nosotros.

RUIZ ZORRILLA.—Temo que no nos haga justicia.

OLÓZAGA.—Nos trata con injusticia.

FIGUEROLA.—Europa nos insulta.

RIVERO.—¡A los tribunales con ella!

Así terminó el consejo.

(Eran las dos, y alumbrado.)

Luis Rivera.



¡Qué hermoso, qué consolador es oír á un periódico esto!

«El partido progresista caminará siempre por la única senda que le señalan su lealtad, su dignidad, su consecuencia y su patriotismo.»

¡Ah, qué hermosote, sobre todo, si se considera que todos sus redactores están empleados!

Derramemos una lágrima á la memoria de aquel que fué nuestro amigo, y luego nos iremos á comer.

Hablando de la candidatura de *Puigmoltejo*, dice *El País*:

«¿Se quiere que de nuevo corramos con el hijo los riesgos en que la imprudencia temeraria de la madre nos ha precipitado?»

No, compañero, no se quiere eso.

Mire Vd., con la madre, al fin, como era mujer, quedamos encima.

Pero si el hijo llegase á sacar las costumbres de la mamá, ¿cómo quedarían nuestras mujeres?

Y si llegase á sacar las de su *papá*, ¿cómo quedaríamos nosotros?

Martos y Rodriguez han dimitido sus cargos de individuos de la mayoría.

La mayoría ni sus individuos no lucían ni figuraban para nada.

Sin embargo, á estas dimisiones se les da importancia.

¡Ah, queridos demócratas, hasta os dais tono con los empleos negativos!

En un banquete celebrado por los demócratas la otra noche en obsequio de Martos, dijo Becerra que Prim era el jefe de los radicales.

Y añade á esto *El Puente de Alcolea* que nadie de los presentes se opuso.

¡Hombre, no faltaba más!

Siempre hay gentes que ven las cosas á su manera, y algunas de estas han creído que *Gil Blas* aludía á Nuñez de Arce como autor embozado de *Las veletas*.

La verdad es que no aludiamos á él.

La verdad es que ignoramos el nombre del autor de *Las veletas*.

Y la verdad más verdadera es que el mismo Nuñez de Arce nos asegura que no es autor de tal comedia.

Me alegro que no lo sea, porque *Las veletas* vale bien poco, y si yo combatí á Nuñez de Arce por sus ideas políticas, le quiero mucho como poeta.

D. Salustiano nos odia.

D. Salustiano combate nuestros intereses.

Viendo que su hermosa barba blanca habia dado tanta popularidad y prestigio al lápiz de Ortego, ¿qué hace al salir de París?

Llama á un barbero y le manda que le afeite.

En seguida entra en el tren, diciendo:

—A estas horas estará Ortego dibujando mi barba blanca. Cuando me vean en Madrid sin ella, se burlarán de Ortego. ¡Oh diplomacia, tú me salvas!

Pero D. Salustiano no sabe que *Gil Blas* tiene amigos en todas partes, y uno de estos nos puso el siguiente telegrama:

Salíó oso anoche. Barbas abajo. ¡Bonito!

Continuacion de los apuntes de Alejandro Dumas.

Madrid 6 de mayo de 1870.

Acabo de visitar el teatro de los Bufos Arderius, donde se representan las comedias clásicas y el teatro de Calderon y Lope. Arderius es un trágico á la manera de Talma, pero más alto. Orejon hace los papeles de galán joven de una manera arrebatadora. ¡Qué figura, que entonacion, qué acento tan amoroso! En cuanto á Rossell, es un actor que deja muy atrás á Salvini, pues en la representacion de la *Morte civile* le ha llevado ventaja. Respecto á las mujeres, hay una tal Fonfrede que es toda una artista creadora.

Teatro Español.—Está situado enfrente de una plazuela y tiene al lado un café, desde donde, por un real de consumo, se ve la funcion.

Teatro del Lozoya.—Anoche vi en este inmenso teatro el drama *Sancho Garcia*. Es un local donde caben 10.000 personas, y está edificado sobre cuatro torreones árabes ¡Una maravilla!

(Se continuará.)

Tambien es sócio el duque de Montpensier de la *Orden española humanitaria del Dos de Mayo*.

Nada se le escapa á ese hombre.

Es tan patriota, que de buena gana se echaria la patria al hombro.

En el tren en que llegó Olózaga á Madrid, llegó tambien el obispo Monescillo.

Sin embargo, no hubo descarrilamiento.

¿Con qué sigue D. Salustiano siendo enemigo de la candidatura de Montpensier?

Decia un dómíne que intentó enseñarme latin:

«No hay libro, por malo que sea, que no tenga algo bueno.»

Entre amantes.

—¡Ah, Luis mio, qué gusto me da el oírte esas frases apasionadas!

—¡Julia de mi vida!

—¿Y cuando estemos casados?

—¡Ah, tambien entonces dará gusto el oírme!

—Señorita, sé que Vd. no desea casarse *por lo civil*, y como ya está aprobada esa ley por las Cortes...

—¿Qué?...

—Que Vd. lo pase bien.

—¡Detente, yo me caso hasta *por lo artillero!*

El Eco de España (por mal nombre) afirma (y es afirmar) que la familia real de España (familia ideal querrá decir) ha demostrado la grandeza de alma (y de cuerpo) y los generosos sentimientos (dígalos junio de 1866) que adornan (y bien necesita adornarse) á la reina Isabel.

Cosa curiosa: todo lo que dice el colega es completamente inexacto.

Empieza por llamarse *Eco de España*, y no lo es. Acaba por decir de Isabel de Borbon que es reina, y dejó de serlo.

Pero entre estas dos *inexactitudes* va eso de la familia real, y del aprecio que se ha conquistado en París, y de la grandeza de alma... etc., etc.

¿Vamos, no es verdad que se necesita poca aprension para decir estas cosas?

El Papa.—Pueden Vds. jurar la Constitucion española.

Los obispos.—Nunca, porque eso sería una indignidad.

Gil Blas.—Anda, salero: el Papa, que va á ser infalible, aconseja indignidades.

¿Quién me compra un lio?

El cardenal arzobispo de Toledo ha jurado la Constitucion.

Hé aquí al primerito de los clérigos españoles haciendo una indignidad, en concepto de los que están en Roma.

¡Válgame Topete!

Si los clérigos tienen tan oscuras ideas en asuntos tan claros, ¿cómo se empeñan en conocer la sustancia de Dios?

¡Válgame otra vez Topete y todos los católicos revolucionarios que son hombres de bien, aunque crean en el Espíritu Santo!

El País asegura que *todo el mundo* (*tout le monde*) sabe que Luis Felipe de Orleans vino á Cádiz á ofrecer su espada á las Cortes Constituyentes. Yo no sé si *todo el mundo* precisamente sabrá eso; pero los que no lo ignoran saben tambien una segunda parte que el *El País* suprime.

Las Cortes Constituyentes no aceptaron el ofrecimiento de Luis Felipe.

Hombre, y á propósito, ¿no les parece á Vds. singular que en veinticinco años de permanencia entre nosotros, no se haya ocurrido al hijo del mencionado Luis Felipe honrar la memoria de los mártires de 1808?

La determinacion de D. Antonio habrá sido espontánea, no lo dudo; pero, caramba, ¿cuánto tiempo ha necesitado meditarla!

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Ramona*.

CHARADA.

Es mi primera vocal;
y si segunda repito,
ha de resultarme un pájaro
que canta como un presbítero.
Segunda y quinta es lugar
que no han echado en olvido
los confiados gallegos,
segun un adagio antiguo.
Mi tercera es personal,
y mi todo ¡vive Cristo!
que va á ser, segun preveo,
el bromazo de este siglo.

(La solucion en el número próximo.)

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANIA ESPAÑOLA.
GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR EN MADRID.
BARRIO DE POZAS (paseo de Areneros, 8.)

Esta fábrica, que en el mes de Noviembre del año pasado quedó destruida por un incendio, ha sido reconstruida de nueva planta con todos los adelantos introducidos últimamente en este importante ramo de la industria. Los riquísimos productos de la COMPANIA se distinguen por la superioridad de clase y perfecta elaboracion. Se expenden en casi todos los establecimientos de comestibles de Madrid, y en las principales poblaciones de la Peninsula.
El público puede visitar libremente el establecimiento.



À LAS SEÑORAS EMBARAZADAS.

ACEITE DE BELLOTAS.

con sávia de coco ecuatorial.

Casi todas las mujeres pierden los cabellos á consecuencia de los partos, ya sean precoces, tardíos ó naturales. Usando dos ó tres meses nuestro admirable específico-medicinal, antes y despues del alumbramiento, no se pierde un solo cabello. Se vende en la *calle de las Tres Cruces*, 1. principal, Madrid (contigua á la plaza del Carmen), á 6, 12 y 18 rs. frasco, con mi rubrica, porque hay falsificadores. El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de las cinco partes del mundo.

AVISO IMPORTANTE.

Como encargado, y precisando el hacer entrega de las cuentas de testamento, se me ha autorizado para que, sin reparar en precios, realice las existencias siguientes: lienzos de hilo y de algodón, de varias clases y anchos, de real y medio en adelante. Crudillos, terlices, cañamos y lonas, para telones, toldos y cortinas; mantelerías y otros géneros. Al que tome pieza se le hará mayor rebaja.—Egrima, 10, frente á la tahona de la Espada.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.